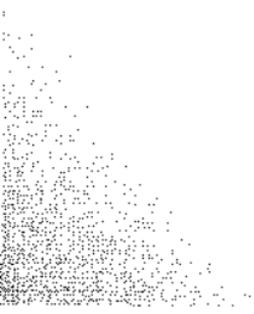


LA CRITICA TEXTUAL
Y
LOS TEXTOS CLASICOS

SEPARATA

Universidad de Murcia
Sección de Filología Clásica
1986



Problemas de la crítica textual en la transmisión de la fábula greco-latina

Francisco Rodríguez Adrados

1. GENERALIDADES

Pocos ejemplos hay más claros, dentro de la transmisión de los textos literarios griegos y latinos de transmisión abierta, propia de la literatura anónima y popular, que éste de la fábula. Habría que comparar las siempre renovadas versiones de los romances antiguos españoles o de la épica oral yugoslava o del cuento en general; o bien, la selva de variantes y añadidos en los escolios, los lexicógrafos, las traducciones latinas de la Biblia, etc. En definitiva, conceptos como los de *stemma*, arquetipo y falta, muchas veces problemáticos, aquí lo son más todavía.

Me ocupé ya de esto en un trabajo titulado «Desiderata en la investigación de la fábula antigua»¹, trabajo escrito en 1975 y al que ahora, cuando acabo de completar mi *Historia de la fábula greco-latina*², podría añadir muchísimas cosas más. Naturalmente, para la historia de la fábula y el detalle de múltiples problemas aquí voy a limitarme a referirme a esta obra, así como a dos

¹ *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, pp. 215-235.

² Madrid, Universidad Complutense: vol. I, 1979; vol. II, 1985; volumen III, en prensa.

publicaciones más breves³, aparte de otras sobre puntos de detalle. Aquí lo que hago es tomar datos de estas publicaciones, pero organizarlos en torno a los problemas de la crítica textual y tratar de sacar de ellos conclusiones de validez general dentro de esta disciplina.

La fábula es, en la Antigüedad, un género literario en una situación muy especial. En parte se trata de «ejemplos» que introducen en sus obras distintos poetas y prosistas; en realidad, siempre se continuó procediendo así en la Antigüedad y la Edad Media. Pero desde Demetrio de Falero, hacia el 300 a. C., las fábulas viven también en colecciones; y otras veces aparecen en una «Vida» como la de Esopo o en epopeyas burlescas, desde la *Batracomimaquia* a las varias de edad bizantina y latina occidental. De otra parte, hay fábulas en prosa y en verso, las hay de autores anónimos y de otros con pretensiones literarias (Fedro, Babrio, Aviano...). Hay autores que las abrevian (como Aftonio) o que las abrevian o alargan según los casos (como Fedro y Babrio) o que las alargan sistemáticamente. Las tendencias literarias varían de autor a autor, así como las retóricas y las ideológicas.

Sobre todo, las colecciones que se nos conservan son sólo una parte mínima de las que existieron: tenemos que reconstruir estas últimas a partir de las primeras, pero a su vez éstas, las conservadas, sólo pueden colocarse dentro de *stemma* coherentes con ayuda de las perdidas. Y tenemos razones para pensar que lo habitual ha sido la contaminación, la reelaboración, la creación de fábulas nuevas a partir del viejo material. Luego las fábulas se han traducido del griego al latín y al siríaco, del siríaco otra vez al griego; y toda esta tradición ha recibido en varias ocasiones aportaciones orientales y ha revertido, a su vez, sobre el Oriente.

Imposible entrar aquí en el detalle. Ahora bien, para comprender las páginas que van a seguir sobre los problemas de la crítica textual conviene tener una cierta idea sobre la relación entre las diversas colecciones de época greco-latina: tratamos de ayudar al lector dándole una serie de cuadros, cuatro en total. En

³ «La fábula», *Investigación y Ciencia*, 53, 1981, pp. 6-20 (trad. alemana en *Spektrum der Wissenschaft*, 121, 1981, pp. 23-36); y «Les collections de fables en époque hellénistique et romaine», en *La Fable*, volumen XXX de los «Entretiens sur l'Antiquité Classique», Ginebra, 1984, pp. 137-186.

ellos el asterisco indica una colección perdida, que en cierta medida reconstruimos a base de las conservadas; la línea seguida indica derivación directa (pero quizá a través de eslabones perdidos) y la discontinua, contaminación; el signo + ... quiere decir que una colección añade a las fábulas procedentes de su fuente principal otras de orígenes diversos. Naturalmente se trata de conclusiones nuestras que en las publicaciones aludidas hemos tratado de fundamentar, pero que no siempre son absolutamente definitivas. Nuestros puntos de apoyo son dos: uno, la existencia de restos métricos que las colecciones en prosa conservan, a veces, de sus predecesoras las colecciones métricas de los cínicos, del siglo III a. C. (a veces, incluso, quedan restos métricos de época arcaica o clásica y otras veces una versión métrica es rehecha métricamente sin perderse del todo); y hay un segundo punto de apoyo, a veces único, el basado en la evolución del contenido de ciertas fábulas.

El cuadro I da una idea de la situación de la fábula greco-latina dentro del panorama universal de la fábula: puede verse la llegada de materiales orientales en varias etapas y, también, la «exportación» de fábulas a las literaturas orientales. El cuadro II detalla más lo relativo a la fábula griega de la tradición anónima (con sus tres colecciones principales: Augustana o I, Vindobonense o II y Accursiana o III), Fedro, Babrio, Aviano y las Paráfrasis y Dodecasílabos bizantinos. Como se verá, proponemos que los derivados de Demetrio de Falero, fábulas versificadas a las que luego se añadieron otras más y más tarde se prosificaron, se organizaron en dos colecciones principales, que llamamos Colección I (o «Antigua Augustana») y Colección II, de las que, directamente o por contaminación, salen casi todas las fábulas posteriores. El cuadro III ilumina otro detalle de la tradición: de una fase antigua de la Augustana (entre otras fuentes) salió una colección que luego se tradujo al siríaco, de donde, en parte, volvió a pasar al griego en el siglo XII, por obra de Andreópulos. Finalmente, el cuadro IV se refiere a la tradición medieval occidental, derivada de Aviano, de Fedro y, en una cierta medida, de fábulas bien griegas bien orientales que a través de Bizancio comenzaron a pasar a Occidente desde el siglo IX d. C.

Este es, muy abreviadamente, el complejo panorama de la fábula greco-latina. Si pasamos, ahora, al problema de la edición, hemos de decir que éste es especialmente grave para las

coleciones que no representan la obra literaria, escrita de una vez para siempre, de un autor. Así en el caso de las llamadas Fábulas Anónimas (F. An.) griegas, en el de las Paráfrasis (Par.) y Dodecasílabos (Dod.) bizantinos, en el de las fábulas siríacas y en el del llamado Rómulo. Me detengo brevemente en estos diferentes casos.

Las Fábulas Anónimas griegas eran conocidas tradicionalmente por la más moderna colección de las mismas, la llamada Accursiana o III, del siglo XIV, la cual por lo demás contiene subcolecciones con variantes muy notables. Fue la editada por Bonus Accursius en Milán hacia 1479. El conocimiento de las otras dos colecciones sólo se logró, poco a poco, a lo largo del siglo XIX. Una edición simultánea de las tres sólo se publicó, en 1925, con la edición de Chambry y luego, en 1942 y 1958, con la de Hausrath. Pero son ediciones todavía muy insatisfactorias.

Lo son porque hablar de tres colecciones, que simbolizamos como I (Augustana), II (Vindobonense) y III (Accursiana), es hablar de forma muy abreviada. Hay dos colecciones próximas a la Augustana, Ia y Ib, hay IIIc, intermedia entre II y III; hay, dentro de ésta, tres subcolecciones (a, b, c). En nuestras ediciones con frecuencia se mezclan II y III o diversas variantes de estas colecciones se editan independientemente, a veces. Una edición sistemática de cada subcolección no existe y los aparatos críticos son insuficientes para construirla. Ni siquiera B. E. Perry, en sus *Aesopica* de 1952 (Urbana, Illinois), edita Ia y Ib.

Más grave: sería muy ingenuo postular que cada colección y subcolección ha tenido un arquetipo único: sobre esto, precisamente, hemos de hablar. Un mismo manuscrito sigue ya un modelo ya otro; y estos modelos a veces proceden más de confluencias y contaminaciones que de otra cosa. En definitiva: si Chambry y Hausrath tuvieron el valor de renunciar a la idea del arquetipo único para cada fábula de las Anónimas, hay que ir mucho más lejos.

Igual en otros casos. Chambry, al editar Paráfrasis y Dodecasílabos, ha tenido que limitarse, muchas veces, a transcribir versiones de una fábula en tal manuscrito o grupo de manuscritos. Es claro que a veces las diversas versiones tienen modelos diferentes o bien contaminan. Algo análogo han hecho en sus ediciones, para no cansar más, la Hermana Lefèvre, traductora

de las fábulas siríacas⁴, y G. Thiele, editor del llamado Rómulo, un derivado ya de Fedro ya de otras fuentes⁵.

Y es que no sólo se trata de una tradición cuyos manuscritos están en parte inexplorados, sino que el problema es muchísimo más grave: es un problema de fondo, el de qué es lo que queremos reconstruir.

Efectivamente, cuando editamos Sófocles intentamos lograr un texto lo más próximo posible al que Sófocles escribió o, al menos, al del arquetipo del que postulamos que viene toda nuestra tradición manuscrita. Pero aquí nos movemos entre colecciones que derivan de otras colecciones, las más veces perdidas, y las contaminan con otras también perdidas. Es raro, en efecto, que tengamos la fábula derivada y el modelo: a veces tenemos la de Fedro y la de su derivado Rómulo, la de Babrio y su derivado en Par. o Dod., la del ps.-Dositteo griego y la del latino (y la transcripción de éste en Rómulo). Pero las más veces no es así. Si se mira nuestro cuadro II se ve que una fábula de la Accursiana (nombre que engloba varias cosas) viene habitualmente de la Vindobonense y ésta de la Augustana, pero hay al tiempo contaminaciones con el modelo de ésta, la Pre-Augustana, que a su vez viene de la Antigua Augustana. Estos nombres son abstracciones que se refieren a varias colecciones próximas, entre las cuales hay eslabones irreconstruibles. Más atrás están las fábulas en verso y Demetrio y los modelos de Demetrio.

En todas estas etapas se introducen faltas, evidentemente; pero también variantes de contenido, lengua y estilo, que son conscientes. Se trata de un género popular: cada copista se cree autorizado a introducir cosas suyas originales y a contaminar. En sucesivas copias, los manuscritos se aproximan entre sí o tienden a divergir. ¿Cómo, entonces, reconstruir un modelo último de cada fábula? Ha habido modelos sucesivos, modelos escindidos, modelos contaminados.

2. LA RECONSTRUCCIÓN DE LAS COLECCIONES

Presentado este panorama general, antes de llegar al estudio de las fábulas, las individuales y sus problemas críticos, hemos de profundizar más en los problemas de la reconstrucción de las

⁴ B. LEFÈVRE, *Une version syriaque des fables d'Esop*, París, 1939.

⁵ G. THIELE, *Der lateinische Aesop des Romulus*, Heidelberg, 1910.

colecciones. Distinguimos tres casos diferentes: el de las colecciones perdidas, el de las de autores individuales y el de las colecciones anónimas conservadas.

Para empezar por las colecciones perdidas, una cosa es reconstruir su inventario y otra reconstruir, en la medida de lo posible, el texto de cada fábula. Hay que tener en cuenta que todas las colecciones de fábulas que conocemos son mixtas. Son variables los modelos de Fedro, Babrio, Aviano, Rómulo y las demás colecciones, por ejemplo. Y una colección, pequeña colección, que hemos encontrado en las Tablillas de cera de Assendelft, contiene, junto a fábulas de Babrio, otras que no corresponden a nuestro Babrio (pero quizá sean del Babrio perdido) y, a más, dos con texto distinto del de Babrio (las versiones de «El león y la zorra» y «El león y el ratón») y una más en trímetros yámicos, distinta por tanto de Babrio («El labrador y la serpiente»). Este caso es ilustrativo y paradigmático.

Esto es lo que hay que pensar de las colecciones perdidas. Es claro que el número de fábulas ha ido acrecentándose paulatinamente. Pensamos que la colección de Demetrio no pasaría de unas cien fábulas, el equivalente a un libro. Sabemos luego de otras fábulas que no habían penetrado en la Antigua Augustana, pero ya estaban en la colección derivada de ésta, la Pre-Augustana, de que derivan las fábulas siríacas.

Por otra parte, el estudio de las fuentes de las colecciones conocidas por nosotros nos hace ver que las colecciones perdidas a veces conservaban las mismas fábulas en versiones próximas, a veces en versiones alejadas, a veces incluían fábulas diferentes. Así en el caso de las que hemos llamado Colecciones I y II.

Pero no podemos fijar el inventario exacto de estas colecciones, que más bien eran grupos de colecciones próximas. Vemos, estudiando la Augustana (I) y sus variantes Ia y Ib, que éstas (y a veces, simplemente, algunos manuscritos) aportaban fábulas nuevas tomadas de aquí o de allá. Por ejemplo, sólo en un ms. de I, el E, aparece la fábula del jabalí, el cazador y el caballo, que viene nada menos que de Demetrio y, en definitiva, de Estecórico.

Además, las colecciones anónimas que nos han llegado contienen fábulas duplicadas en dos versiones diferentes. Así en el caso de H. 28 y 34 (los votos imposibles), de 62 y 220 (el labrador y la serpiente), 71 y 239 (la encina y la caña), 87 y 189 (el le-

chón y las ovejas). Otras veces las duplicaciones son de un solo manuscrito. Esto ha podido suceder en las colecciones predecesoras. Nótese que la tradición de la fábula a partir de Demetrio es muy complicada. Lo más frecuente es que de él (o de otra fuente) derivara una sola versión métrica primaria, pero otras veces hay dos o más. Y estas versiones a veces daban derivados métricos innovados, y de todo el conjunto salían versiones en prosa. La organización de estas múltiples versiones en colecciones por fuerza tenía que ser vacilante.

En suma, la tradición que vemos operar ante nuestros ojos en época bizantina y medieval latina, según la cual el copista de un manuscrito elimina o añade fábulas (sobre un segundo modelo) y a veces contamina, es sin duda una tradición que remonta a los orígenes mismos de las colecciones. Reconstruir exactamente una de esas colecciones perdidas no es posible. Y reconstruir las varias etapas del texto de una fábula dada sólo lo es parcialmente. Apoyándonos en los restos de verso conservados en derivados posteriores, nosotros lo hemos intentado en ocasiones: sobre todo, reconstruir el modelo más antiguo.

Ahora bien, por extraño que al profano pueda parecer, tampoco es absolutamente hacedero establecer el arquetipo original de las colecciones de autor. En un caso, el de Pedro, por la pérdida temprana de parte de su obra: las lagunas se colman con reconstrucciones a partir de derivados en Rómulo, pero hay casos dudosos y, de todos modos, no todas las fábulas son recuperables. Muy distinto es el caso de Babrio, de que me he ocupado en otros lugares y que no puedo tratar aquí en detalle.

En líneas generales, el caso es el siguiente. «Babrio» es un manuscrito del Atos que ordena las fábulas alfabéticamente y se interrumpe en una que comienza por O: son 123 fábulas. Pero es claro que la alfabetización es secundaria y que Babrio estuvo editado ante en dos libros. Entonces, los problemas son dos:

a) Dos manuscritos, el G y el Mb, tienen fábulas de Babrio y otras también colíambicas que no están en el Ato: suele pensarse que son también de Babrio. Las Paráfrasis y Dodecasílabos derivan de fábulas de Babrio y de otras que podrían serlo: empiezan por letras a partir de la O. Pero en todas estas fuentes hay fábulas que no son de Babrio y lo mismo en las Tablas de Assendelft, por más que sean fábulas colíambicas igual que las de Babrio o que deriven de fábulas colíambicas.

b) Es claro, por tanto, que los autores de colecciones de fábulas colliámbricas manejaban indiferentemente fábulas de varios orígenes. Y, entonces, es lícito plantearse si el «alfabetizador» del Atoo no procedió igual. Así lo creo, basándome en el hecho del carácter estilísticamente muy vario de sus fábulas y del tratamiento muy diverso de los modelos que en ellas se refleja.

Naturalmente, Babrio es un caso extremo. Pero las colecciones de autor anónimo tienen, como ya he anticipado, problemas de este tipo. A veces vemos bien cómo estos autores trabajaban. Vemos, por ejemplo, cómo el compilador de la Vindobonense elimina fábulas de su modelo la Augustana: primero un número relativamente reducido, un 50 por 100 diríamos, luego cada vez más según se va cansando, pero con reacciones de cuanto en cuando en el sentido de coger más fábulas. Y las que coge las contamina con la pre-augustana (hay en la Vindobonense restos métricos antiguos ausentes de la Augustana). Pero, de otra parte, la Vindobonense añade una serie de fábulas de orígenes diversos. O, para ser más exactos, las añade la Accursiana y aparecen también en algunos manuscritos de la Vindobenense. De otra parte, las fábulas de la Vindobonense II están a veces en IIIId, a veces no. También faltan a veces en manuscritos de II. Cada ms. o grupo de mss. muestra una cierta independencia a la hora de decidir qué fábulas recoger o con qué texto.

Ya anticipé que esto ocurre precisamente en la Augustana. Lo que se nos da como Augustana es un conglomerado de I, Ia, Ib y, a veces, de fábulas en uno, dos o tres mss. de I. Estos mss. a veces han acudido individualmente a modelos antiguos de los que guardan abundantes restos métricos.

En cuanto a la fijación del texto en etapas antiguas, es decir, en colecciones perdidas, a veces podemos decir algunas cosas. He aquí algunos ejemplos.

En H. 76, «El ciervo y el león», toda la tradición remonta en definitiva a un mismo modelo métrico. En toda ella aparecen los cazadores como aquellos que persiguen al ciervo: sólo en las fábulas anónimas y los tetrásticos de Ignacio Diácono son sustituidos por un león. Es una innovación de la última fase de la Augustana, posterior a la fecha en que la utilizó Fedro; pero en Bizancio se debió conservar el modelo antiguo hasta tarde; en él se inspiró, por ejemplo, la Paráfrasis.

En II. 126, «El cuervo y la zorra», hay, igualmente, nume-

rosos descendientes de un solo modelo métrico. Pues bien, también aquí las Anónimas han introducido (entre otras) una alteración: el «queso» original que lleva el cuervo en el pico se ha cambiado por «carne» (imitación sin duda de H. 136). Esta alteración puede ser de nuestra Augustana (seguida por la Vindobonense) o de su modelo inmediato.

En H. 136, «El perro que llevaba carne», el verso inicial original se reconstruye así:

κύων κρέας φέρουσα ποταμὸν διέβαινε

El φέρουσα no está en I, que tiene ἔχουσα, lo que es amétrico: combinándolo con II φέρων y Pedro *cum ferret* se ve que todas estas formas vienen de un φέρουσα original.

Aquí la reconstrucción llega al verso original, en los otros casos a modelos inmediatos de la Augustana. Un caso intermedio es el de H. 58, «La mujer y la gallina». Aquí es, de las colecciones anónimas, la III (Accursiana) la que mejor sigue un modelo antiguo: su γυνή χήρα τις ὄρνιν εἶχεν, comienzo de la fábula, es perfectamente métrico con tal que se elimine el γυνή. Pues bien, el modelo alterado con γυνή inicial era ya el de la fábula siríaca: *il y avait une femme veuve: elle avait une poule*. Era ya el texto de la Pre-Augustana y llegó al modelo de nuestra Augustana, que a su vez fue alterada luego por sus derivados bizantinos.

3. EL JUEGO DE LAS FALTAS Y LAS INNOVACIONES

En los ejemplos presentados se trata, de una parte, de la profanización que en cierto momento se daba a las fábulas; de otro, de retoques inspirados en fábulas vecinas que no vemos hasta qué punto hay que calificar de faltas. Hemos visto, en efecto, cómo en ciertas colecciones los cazadores que persiguen al ciervo son sustituidos por el león: esto, más que una falta, es un recuerdo de fábulas en que el ciervo y el león aparecen enfrentados; sin duda el autor de la sustitución pensaba que el león era un enemigo más lógico y tradicional, más «fabulístico», que los cazadores. En cuanto a la sustitución del queso por la carne en la fábula del cuervo y la zorra, sin duda el modelo está en «El perro que llevaba carne», como hemos apuntado.

Estos ejemplos no son únicos, ni mucho menos; y con frecuencia el cambio de animal se corresponde con cambios argumentales mayores o menores. Así cuando la fábula acadia del águila y la serpiente llega a dar la fábula de Arquifloco (y luego de las colecciones) del águila y la zorra. O cuando, en el Occidente latino, la fábula del lobo y el asno (H. 198: el segundo le pide al primero que le saque una espina de la pata, dándole a continuación una coza) pasa a referirse al león y el caballo (Rómulo 52). En algunos derivados se introduce el tema del león rey.

En esta literatura popular no existe, si exageramos un poco, diferencia entre copista y creador. La prueba es que las colecciones son anónimas en términos generales: cada copia era, en cierto modo, una colección nueva en cuanto al inventario y en cuanto al texto. Los fabulistas «literarios» no proceden de otro modo, aunque lleven más adelante la tendencia a la originalidad y eviten los duplicados.

Así, los elementos comunes a una serie de mss. de una colección o al conjunto de una colección sólo en parte proceden de fuente común: la transmisión horizontal y la contaminación han tenido un papel importante. Los elementos diferenciales, a su vez, pueden tener varias explicaciones. A veces proceden de contaminaciones con fuentes antiguas comunes, pero seguidas desigualmente: pueden representar un arcaísmo, incluso métrico. Otras veces se trata, naturalmente, de errores de copia. Y otras de creaciones del copista: innovaciones a veces de un solo manuscrito, a veces de toda una rama o una colección o, si tienen éxito, de un grupo de colecciones.

Pero no se trata tan sólo de que a veces, según hemos dicho, la distinción entre falta e innovación no es nada fácil. Es que a veces una simple falta es interpretada como algo correcto y digno de ser retenido, pero obliga a una reelaboración de la fábula.

Un ejemplo de esto puede hallarse en H. 177, «La mosca». Las versiones de las fábulas anónimas presentan huellas claras de verso: el inicial puede reconstruirse como sigue:

μῦθ' ἐμπροσθα τίς ποτ' εἰς χύτραν κρέως

Pues bien, la mosca que se cayó en la sopa y en ella se ahogó es sustituida en Babrio y Par. por un ratón (μῦς), cosa bastante

menos verosímil. Esta modificación procede de la fuente de Babrio y Par., que conservan coincidencias con las Anónimas, más elementos comunes (como el ratón), más discrepancias individuales. ¿Cómo se convirtió la mosca en un ratón? Pienso que por una falsa mala interpretación de un copista, que leyó *μῦς* por *μύι*'. Pero este «ratón», un masc., obligó a rehacer el verso: según mi reconstrucción sería ahora:

μῦς εἰς χύτραν ζέουσιν ἐμπεσὼν κρεῶν

Es un caso diferente, a todas luces, de aquel otro en que el cambio de animal y el cambio parcial de argumento y de texto eran concomitantes.

Un verdadero error de copista es la fuente de diversas alteraciones de la fábula H. 152, «El león y el oso que hallaron un cervato». Aquí el *ἐλάφου νεβρόν εύρόντες*, 'habiendo hallado un cervato', de la fábula original ha ido a dar en la Vindobonense un corrupto *σέλαν βούνευρον εύρόντες*, perfectamente ininteligible. A partir de aquí, IIIab dejan *βουνεύρω περιτυχόντες*, mientras que IIIg corta por lo sano: *βρώμα τι εύρόντες*, 'encontrando un alimento'.

Es diferente el caso en que el autor de una nueva versión entiende mal, por ignorancia, el texto que tiene ante sí.

En el caso de H. 275, «El cervato y el ciervo», pienso que es la paráfrasis la que conserva el texto más antiguo. El cervato le dice al ciervo que por qué huye de los perros, siendo él más grande y teniendo cuernos poderosos (es, claro está, la naturaleza la que le hace obrar irremediablemente así). Pues bien, «el ciervo» es *τὴν ἔλαφον*, con género común: siempre femenino. Pero el autor de la versión de la Accursiana no comprende esto y hace del ciervo un masc.: *τὸν ἔλαφον*. Se trata no de un descuido, sino de una «corrección» que revela la ignorancia gramatical del autor bizantino de la colección. Ahora bien, el rétor Afonio tuvo ante sus ojos el mismo modelo que Par. (al menos en este detalle): pero tampoco lo entendió. Para él *ἔλαφος* femenino era, sin duda, «la cierva» y toda la fábula le resultaba chocante porque sabía al menos esto: que la hembra del ciervo no tiene cuernos. Su solución fue, simplemente, la de alterar la fábula: ahora es la cierva la que recrimina al ciervo... para acabar huyendo ella misma.

Un error semejante a éste puede suponerse en el caso del autor de la versión de Rómulo 33, un derivado de Fedro V 10, «El perro viejo y el cazador». Rómulo o su fuente parecen no haber entendido el *arripuit aurem*, «agarró la oreja» (del jabalí): introdujo, a partir de aquí, un nuevo personaje, la liebre (*auritus*): *dominus auritum prendere iussit*.

Naturalmente hay límites entre el error de copia, la mala inteligencia de un pasaje y la introducción de una nueva palabra, que, en opinión del que así procedía, mejoraba la fábula. H. 287 desarrolla el tema de la rana médica, a la que se le reprocha su color amarillo (*χλωρός*): mal médico debía de ser el que no se curaba a sí mismo. Pero Babrio o leía mal el modelo o no entendía el chiste del mismo o, quizá, pensaba que había una circunstancia todavía más desfavorable para que la rana hiciera de médico: su cojera. Hizo, pues, a la rana coja (*χλωός*). Pero a su vez uno de sus derivados, en la Accursiana, no entendió muy bien eso de que la rana fuera coja: cambió el animal e introdujo el gusano (*σκώληξ*).

Otras veces sí que es claro que un nuevo término o una nueva frase se introduce en forma absolutamente consciente y por un motivo determinado. Este es el caso, por ejemplo, de H. 83, «La zorra y el mono», fábula derivada de Arquíloco como se sabe: quiero referirme a la frase final de la zorra, que se burla del mono rey, cogido en la trampa y en postura indecorosa. En Arquíloco la zorra le dice: *ποιήνδ', ὦ πίδηκε, τὴν πυγὴν ἔχων;* '(¿pretendías ser rey) teniendo, oh mono, un trasero como ese?'. Pues bien, los diversos autores de colecciones han luchado para deshacerse del indecoroso *πυγὴ*, 'trasero': ya encontramos *τύχην* o *μωρὰν τύχην* (de donde, también, *μωρίαν*) o, incluso, *ψυχὴν*. Es notable ver que tienden a palabras fónicamente próximas a *πυγὴν*: parece como si propusieran que ésta es una lección falsa y la buena es la suya propia.

4. CONCLUSIONES

Es imposible, pues, una edición de las fábulas esópicas sobre el modelo clásico: la que daría un texto con pretensiones de definitivo para cada fábula y comprendiendo un inventario de fábulas también fijo. Hay, simplemente, en cada colección un inventario coincidente en una alta proporción de casos; y una coin-

cidencia bastante alta entre los textos de los diferentes mss. para cada fábula. Los límites con otras colecciones son fluidos; los límites entre grupos de mss. de una misma, también. La distinción entre falta e innovación con pretensiones literarias, entre tradición estemática y contaminada, es con frecuencia imposible de establecer.

Podríamos, eso sí, prescindir del intento de editar colecciones y limitarnos a editar cada fábula en sus diferentes versiones. Precisamente en el vol. III (en prensa) de mi *Historia de la fábula greco-latina* trato de establecer, en la medida de lo posible, las relaciones de derivación entre las diversas versiones de cada fábula; así como los eslabones perdidos entre ellas. Esto podría ser la base de una edición del tipo que digo (que exigiría de otra parte un trabajo sobre los manuscritos, de las Anónimas sobre todo, mucho mayor del que hasta ahora se ha hecho).

Pero, para empezar, no es siempre fácil distinguir entre lo que son las diferentes versiones de una fábula y lo que son fábulas diferentes: para elaborar el catálogo a que me refiero he tenido que tomar, a veces, decisiones bastante arbitrarias. De otra parte, habría que tratar de penetrar en la tradición de las Anónimas más a fondo de lo que se hace cuando se editan las tres colecciones básicas. El problema se hace más grave a cada paso. Ni siquiera editar todas las colecciones y subcolecciones ya nombradas sería suficiente. A veces dos de ellas presentan la misma versión (así, por ejemplo, II y III d o II y toda III), otras veces habría que discriminar dentro de una colección y llegar, prácticamente, a editar cada manuscrito.

La reconstrucción de los estadios intermedios presenta problemas semejantes. Porque una edición de todas las versiones de una fábula debería recoger también las perdidas, que en cierta medida he intentado reconstruir en mi libro (vols. II y III). Pues bien, si se sigue mi exposición en dicha obra se verá que a veces se reconstruye parcialmente el verso original, es decir, una versión del siglo III a. C.; pero que otros elementos métricos y otros amétricos pertenecen a estadios posteriores, no siempre fáciles de separar.

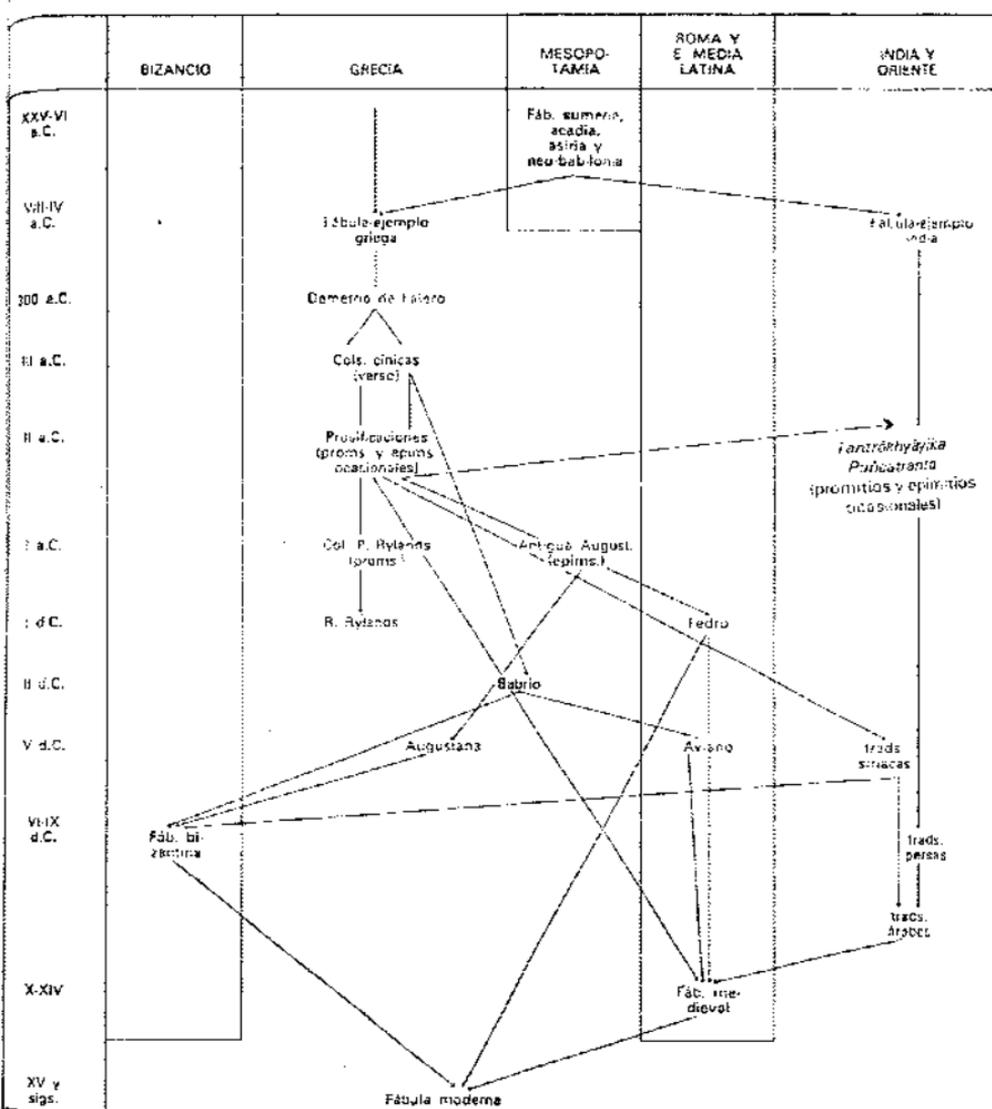
En suma, parece que la tarea más urgente, sobre todo para las colecciones que, en términos generales, llamamos anónimas (no sólo las Anónimas *sensu stricto*: Augustana, Vindobonense y Accursiana, con sus subcolecciones; también las fábulas sirí-

cos, Paráfrasis y Dodecasílabos, Rómulo sobre todo) consiste en editar los modelos o versiones más diferenciados. Y no sobre la base de todos los mss. que con mayor o menor aproximación sigan esos modelos, sino sobre el más destacado de ellos, corregido sólo en cuanto a las faltas más obvias. Ahora bien, la edición de cada modelo debe ir seguida de un amplio Aparato Crítico que permita conocer los elementos ya arcaicos (a veces, producto de contaminación con copias antiguas que pienso sobrevivieron en Bizancio hasta el siglo IX) ya innovados de los mss. o de grupos de los mismos: grupos que, como queda dicho, son con frecuencia cambiantes de fábula a fábula.

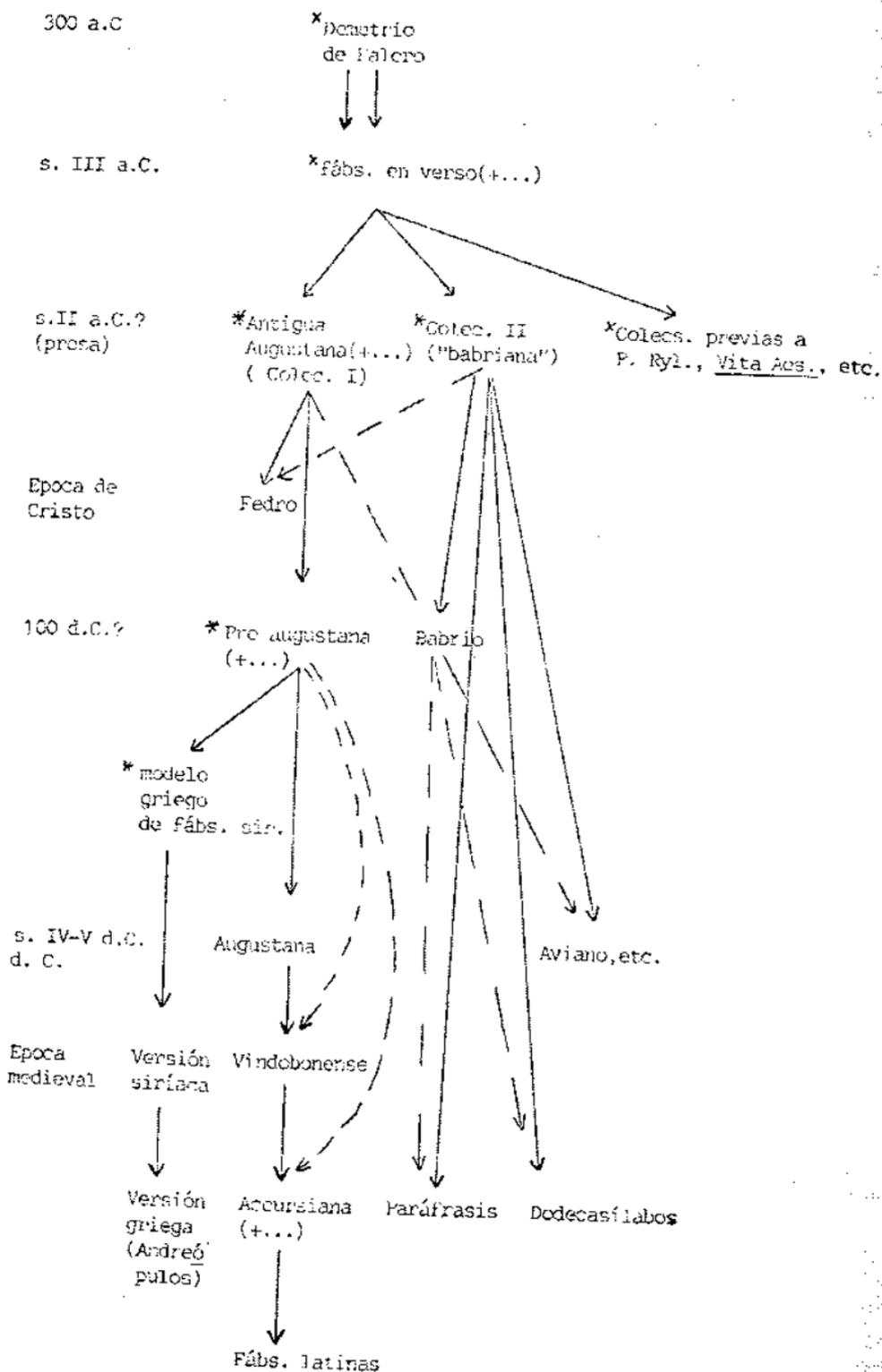
En definitiva, transmisión y creación, estudio de crítica de textos y estudio literario no están claramente definidos en este campo de la literatura popular «abierta» —a veces adoptada por algún poeta individual—. El que se ocupe de este olvidado género de la literatura antigua (y mesopotámica e india y medieval) ha de tener esto muy en cuenta.

Y sobre todo esto otro: la reconstrucción de los estadios antiguos de un texto fabulístico y de sus alteraciones posteriores es sólo una parte de una tarea más amplia, la reconstrucción de la evolución de una fábula.

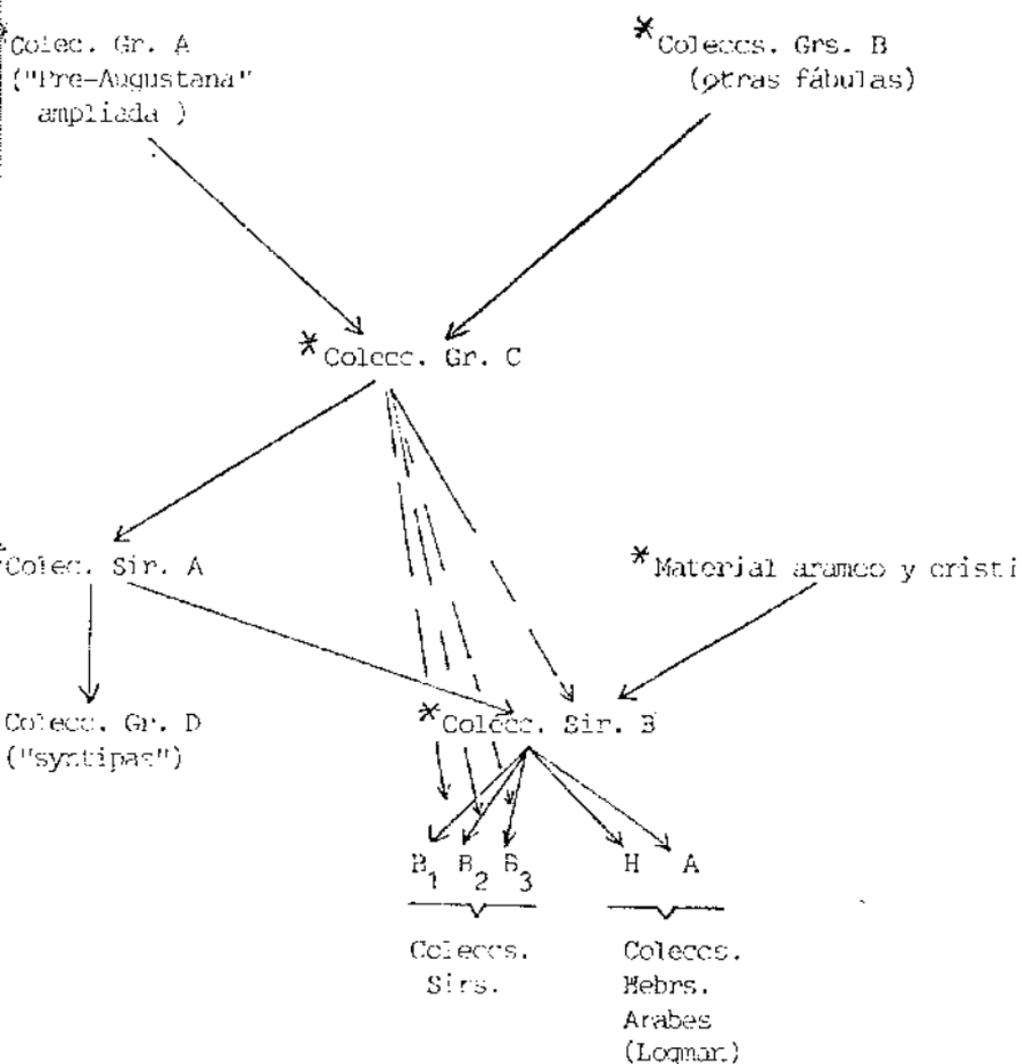
I. LA FABULA EN GENERAL



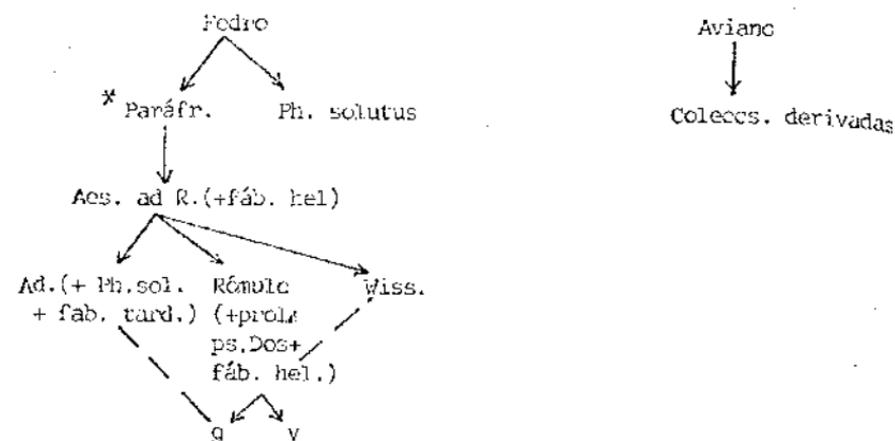
II. FABULA GRIEGA Y FEDRO



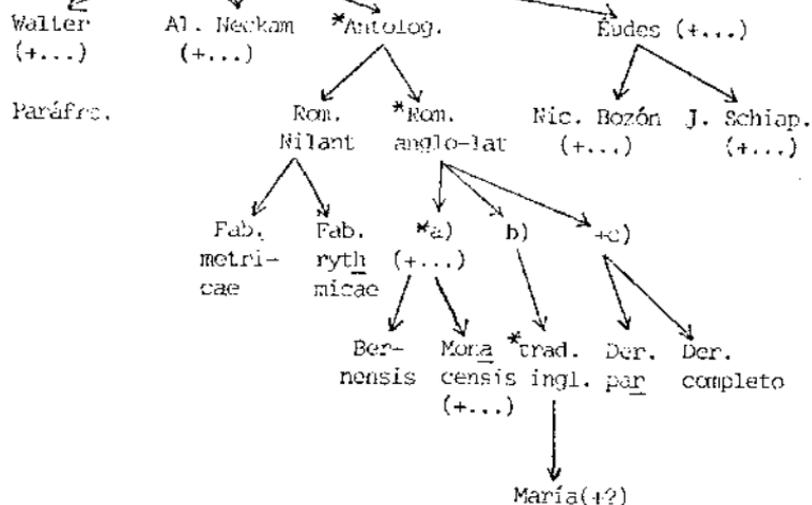
III. LA TRADICION «SIRIACA»



IV. LA TRADICION MEDIEVAL LATINA



+ Av., + fábs. Grs. y tardías



Rom. + Fábs. Grs. (antiguas o indias) + Fábs. tardías

Epica animal:

Ecbasis, Ysengrimus

Speculum, Roman de

Renart ...

Arcipreste de Hita

Jacques de Vitry